

# Año desbordado

Juan Antonio Segura



Segura, Juan Antonio  
Año desbordado / Juan Antonio Segura  
—México: Editorial De otro tipo, 2017  
140 p. 23 cm  
Serie: Ficción De otro tipo  
Género: Novela

Primera edición, 2017

© Juan Antonio Segura

D.R. © 2017 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan,  
Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17

[www.deotrotipo.mx](http://www.deotrotipo.mx)

Editor: Walter Jay

Corrección de estilo: Jesús Adonis Martínez

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96956-5-1

Impreso en México / Printed in Mexico

\*

*A la memoria de Raúl Segura Procelle*  
*Para mi madre, Guadalupe Vélez*

Los acontecimientos ocurrieron en el año de 1994, en el siglo pasado. El año del atentado y la muerte de Colosio, el año de los demonios sueltos. Apenas comenzaba enero y los festejos se convirtieron en un alzamiento zapatista en el estado mexicano de Chiapas. Salinas, el presidente saliente, supuestamente nos tenía a un paso del primer mundo, pero nos dejó en una crisis, tanto política como económica. Pronto nos hundíamos en el efecto tequila de Zedillo, presidente entrante. De las mil y un formas que lo queramos ver, fue un año desbordado por las situaciones históricas acontecidas en México, un año como muchos en la historia de la nación.

Conocí a Demetrio Gallardo San Juan trabajando. Realizaba un reportaje sobre las cárceles de México y él se encontraba en una de ellas. Me pareció un personaje interesante. Cuando recorría el penal, su voz la escuché muy cerca de mí. Me sobresalté. Pero casi al instante, las palabras amables y bien dichas me confortaron. El celador intentó alejarlo de mí, pero se lo impedí. Llamémosle instinto periodístico o suerte del reportero o simple y llanamente confianza en su voz y en sus palabras. Se presentó y luego dijo:

—Tengo la historia que usted busca. La mejor de las narraciones posibles. Yo soy escritor y me encuentro aquí por razo-

nes lógicas —mi mente intentaba darle sentido a sus palabras, pero lo único que podía hacer era escuchar—. No deberían sorprenderle mis palabras, señor...

Reaccioné segundos después y sólo alcancé a decir:

—Manuel... Manuel Buenrostro.

—Bien, señor Buenrostro. Como le decía, mis palabras no son tan oscuras como parecen. Son más parecidas al carmesí. A un rojo profundo que envuelve las entrañas de cualquier persona. Están hechas de una sola tinta: tinta-sangre, la de los periódicos amarillistas, aquellas que aun en papel desprenden un aroma penetrante que envuelve el espíritu. Es la nota roja, la que cambió mi vida por completo. Durante años pasé gran parte de mi tiempo revisando los diarios en busca de una historia. No todos corremos con la suerte de usted. Hay a quienes las historias los encuentran, mientras otros, como fue mi caso, las hacemos.

Sus palabras llenaban mis oídos como metralla de letras. Tenía razón. Siempre estamos en busca del gran trabajo, de la obra que nos saque del anonimato.

—Pues bien, como le decía, un día encontré entre las páginas del diario lo que tanto anhelaba. Comencé por mirar las imágenes. Eran perfectas. Tal y como las quería. La frescura de la sangre oculta en las fotografías. Podías oler la putrefacción de la atmósfera. Son hechos de sangre los que mueven al mundo, aunque todos lo nieguen. El llamado de la sangre siempre ha enajenado al Hombre, con mayúscula. Ver el sufrimiento de alguna persona es más que dolor. Es ver las entrañas del otro. Conocer lo que no se quiere experimentar en carne propia. De ahí la fuerza de Jesucristo, la encarnación de Dios. El hombre

que se sacrifica por ellos, el otro, que muere por la humanidad entera y, simbólicamente, evita el sufrimiento de los demás, el dolor que se gusta ver pero no sentir, como diría Miguel de Guevara: *No me mueve mi Dios para quererte... / Tú me mueves, Señor. Muéveme el verte / clavado en una cruz y encarnecido, / muéveme el ver tu cuerpo tan herido...*

La nota, para serte sincero, no me emocionó del todo. Batura mediocre y superficial. Fue un lindo detalle encontrarme con el reconocimiento de mi labor, si así lo quiero llamar, aunque fuera de esa manera, dentro de un periodicucho. Como dije anteriormente, las fotos eran buenas, aunque no mostraban la sangre, hasta en eso tuve cuidado. Pero sé que estaba allí porque yo la vi y la derramé.

Demetrio Gallardo San Juan me miró con ojos profundos cuando se fue. Yo me encontraba anonadado con sus pensamientos. El recorrido por el penal lo cancelé y salí.

No sé cómo lo logró, pero me hizo llegar el periódico al cual había hecho referencia. Lo revisé cuidadosamente, sentado en casa ante mi escritorio. Como *freelance* manejaba el tiempo a mi antojo.

El diario no era de la ciudad de México, sino de Celaya, Guanajuato. Un periódico local donde le daban mayor importancia a la nota roja, seguramente para ganar lectores. El A.M. era el segundo tabloide de la ciudad, después del *Sol del bajío*. Lo extendí y comencé a hojearlo. Pero solo encontré una pequeña nota, casi al final de la sección policiaca donde daban información sobre su captura: *DETIENEN A MULTIASESINO DE LA CIUDAD DE MÉXICO*. El encabezado me llamó la atención: "Multiasesino", pero recordé las exageraciones que a menudo imprimen los periódicos amarillistas o de nota roja. No le di mucha importancia y lo dejé de lado. Tomé otra vez

el sobre para no dejar nada olvidado. Había un recorte de una página del diario *La Prensa*, del Distrito Federal, doblada cuidadosamente en cuatro. Al estirla me encontré con la nota que esperaba. Miré atentamente las dos fotografías. En el cuadro superior aparecía en primer plano, sobre una cama, una mujer sin vida. El cuerpo se veía ya un tanto descompuesto y la mirada perdida en el horizonte. El segundo cuadro mostraba una panorámica de la habitación. Se observaba en la cama a la misma mujer, pero ahora no estaba sola. A su lado se encontraba una pequeña que parecía dormir.

Miré las imágenes cuanto pude. Trataba de encontrar algo que no estaba claro en mi mente. Como bien había dicho Demetrio Gallardo San Juan, las imágenes no mostraban ni una gota de sangre. ¿Qué significaba esto? En ese momento no lo sabía a ciencia cierta.

Decidí leer la nota:

*En la noche de ayer se encontraron los cuerpos sin vida de una mujer y una niña en un departamento de la colonia Guerrero, en el centro de la ciudad de México.*

*Al percatarse los vecinos del mal olor que se desprendía de la vivienda y que en los últimos días no habían visto a la mujer y a su hija, llamaron a las autoridades correspondientes, quienes tras forzar la puerta del departamento encontraron a la mujer y a su hija sin vida sobre la cama.*

*Los peritos informaron que las víctimas tenían al menos tres días de fallecidas y que bien podría tratarse de un caso de asesinato y posterior suicidio.*

*En entrevista, el comandante Jaime Cienfuegos, encargado de la investigación, dijo: "A primera vista podríamos decir que se trata de un suicidio. Sin embargo, dentro de la habitación, donde se dieron los hechos, encontramos una carta que posiblemente cambie las circunstancias de la indagación".*



*El comandante Cienfuegos no quiso dar más detalles sobre el escrito encontrado para no perjudicar el caso.*

Cuando terminé de leer la información, mis dudas crecieron. La nota no era lo bastante reveladora. No había una investigación, se limitaba a dar los mínimos detalles de los hechos y a salir de la talacha reporteril.

Después de una breve reflexión supe que realmente me encontraba frente a una gran historia. El trabajo enfocado sobre las cárceles de México lo guardé en el archivo muerto, lo mandé directamente al cesto de la basura. Realmente no tenía humor para esa labor y decidí concentrar todas mis fuerzas en la historia caída del cielo, como bien había dicho Demetrio Gallardo San Juan. No tenía ni idea de por dónde comenzar, así que preparé todo para entrevistarme con él y descubrir lo que estaba detrás de estas muertes.

El director del penal estuvo de acuerdo con la entrevista, siempre y cuando el recluso estuviera dispuesto. En ese sentido no hubo problema alguno. El más interesado en realizar la entrevista era precisamente Demetrio Gallardo San Juan. En mi caso, el interés fue creciendo conforme iba pasando el tiempo y hablaba con él. Al principio sólo se trataba de curiosidad periodística, aquello que llamamos instinto. Había una buena historia por donde se le quisiera ver. En ese punto no había discusión. Pero de allí al éxito rotundo del trabajo era un volado. La entrevista ya estaba pactada para el día siguiente. Mientras más rápido mejor. De esa forma evitaba la ansiedad y los nervios de la espera. Para mi sorpresa, el director del penal mostró su cooperación completa. Había un destello en sus ojos. Se interesaba en mi trabajo, como si fuera vital la realización de dicho encuentro. Nunca supe el porqué, pero probablemente se debió a los poderes persuasivos de Demetrio Gallardo San Juan.

Siempre intento realizar mi labor de la mejor manera. Tengo listo, por lo regular un día antes, la orden de trabajo, como cuando trabajaba en el diario *El Nacional*. Resultaba ser de mucha ayuda. Pero en el caso de Demetrio Gallardo San Juan, no tuve la menor idea sobre cómo prepararme. Ni siquiera qué clase de preguntas hacer. La angustia comenzó a sentirse muy dentro de mí y me ahogaba. Sobre todo, cuando recibí aquella llamada.

—Bueno... Quién habla... Sí, soy yo... De acuerdo, está muy bien... Buenas tardes.

La llamada era del reclusorio, de parte del director, quien me informaba la hora en la cual se realizaría la entrevista. Tener que madrugar era una de las cosas que ya había olvidado. Me había convertido en un hombre noctámbulo. Trabajaba en las noches por muchas razones, entre ellas, la tranquilidad y el silencio de la oscuridad. Y amaba la mudez del teléfono. Era una manera de encontrarme conmigo mismo y ante mis propios miedos. Una persona que sufre de insomnio, que es diferente a ser noctámbulo, si no sabe aprovechar el tiempo, vuelve su vida un infierno. Ser un desvelado es una opción personal muy conveniente para mi trabajo, que puedo realizar sin interrupción.

La sola idea de levantarme temprano y sin haber preparado mi trabajo, no me dejó dormir nada durante la noche. Pensar en Demetrio Gallardo San Juan fue el principio de mi obsesión ante algo desconocido; y no hablo de cosas fuera de este mundo, porque lo que pasó, fue en esta Tierra y en tiempos diferentes. Lo cual me hacía pensar en la vulnerabilidad de la vida y en los fantasmas que todos arrastramos durante nuestra existencia.

Cuando me encontré frente a Demetrio Gallardo San Juan, su mirada era serena. Los ojos observaban con profundidad. Me sentí intranquilo, pero sus palabras me fueron calmando. Esa manera de hablar podía envolver hasta una piedra en el desierto.

No sabía en qué instante realizar la primera pregunta y no era por miedo, sino por la incertidumbre a lo desconocido. Su silencio marcaba de manera inusual mi comportamiento. La mirada seguía minuciosamente todos mis movimientos dentro del cuarto que nos había proporcionado el director del penal para hacer la entrevista. Una labor de la cual ya no estaba seguro, en el sentido estricto de si era mío o suyo el quehacer. Por momentos creí en el intercambio de los papeles. Los personajes habían sido movidos de sus roles y sentía como si Demetrio fuera el entrevistador. Era una sensación extraña, pero manejable al fin. De pronto escuché su voz:

—¿Te importa si fumo? Lo menos que quisiera sería molestarte.

Realmente era lo necesario. Necesitaba que se rompiera aquel ambiente frío y lleno de nerviosismo.

—Adelante, por mí está bien.

—¿Y tú no fumas?

—Sí, pero intento dejarlo. Por el momento estoy bien.

Demetrio Gallardo San Juan tomó un cigarrillo de la cajetilla golpeando el borde. Lo puso en su boca. Una vez encendido el cigarro hizo una gran demostración de disfrutar el instante.

—¿Fuma mucho? —le pregunté.

—No, sólo en algunas ocasiones. Y son esos momentos los que realmente aprecio. Fumo por placer, como debería ser

todo en esta vida. Todo se debería hacer por el simple hecho de satisfacernos y todo cambiaría en la vida, hasta el trabajo dejaría de serlo.

—¿Y cuáles son sus gustos?

—Bueno, tengo muchos. Disfrutar de una buena taza de café, una copa de vino. Las mujeres hermosas e inteligentes son lo mejor, sobre todo cuando observamos los crepúsculos juntos. Y sin olvidar el tener los mismos gustos e intereses. Pero no hay como sentir la cálida frescura de un líquido espeso entre las manos. El simple hecho de mirar el rojo intenso es sublime.

La cara de Demetrio Gallardo San Juan cambió. Los ojos le brillaban de una manera sorprendente y la boca, al menos me pareció a mí, saboreaba su imaginación.

—¿Y por qué decidió matar a la mujer y a su hija?

—Eso es algo que usted deberá investigar. ¿Acaso quiere que yo haga su trabajo? Usted está aquí por mí. Y no pretendo solucionar sus problemas. La entrevista la dicto yo. Y debe comprender cuáles son las razones, dónde están las raíces de los acontecimientos. La sangre es la sangre. Y todo nos lleva al profundo carmesí. A las entrañas de una historia personal que no hay manera de sacar de nuestras vidas. Es vivir conociendo el destino ya escrito. Yo tuve la fortuna de saber las palabras exactas de ese futuro al cual me enfrenté y que tengo que seguir encarando. ¿Entiendes?

Sus palabras me desconcertaron y por más esfuerzos para entender, no me quedaban claros sus pensamientos. Su historia estaba detrás de esto. ¿Pero sería la personal o tal vez se trataba de una historia familiar o alguna invención suya?

Demetrio Gallardo San Juan terminó de fumar su cigarrillo y lo apagó en el cenicero de plástico sobre la mesa. Desprendió la cabeza encendida y movió con la colilla el resto de las cenizas a un lado del propio cenicero. Sus movimientos eran tranquilos y exactos. Entonces acomodó el cenicero a un costado de la mesa y puso sobre la cajetilla el pequeño encendedor Vic perfectamente acomodado. Cruzó sus piernas y descansó los brazos sobre las coderas de la silla.

—¿Y por qué no escribe usted la historia? Es escritor, según me dijo.

—Es una forma de verlo. El escritor vive de sus historias y de su imaginación. Por supuesto también de su alimento: la literatura. Yo me he alimentado de muchos libros. Tengo una gran historia sobre mi espalda. Y la imaginación me sobra. La idea primera era realizar yo el trabajo, pero las cosas no salieron como esperaba y heme aquí, encerrado. Estarás de acuerdo en que el lugar no es propicio para dicho esfuerzo. Además, tengo otras cosas en la cabeza como para ponerme a escribir. Esa tarea será tuya, y llámale, si quieres, destino.

—¿Y por qué piensa que la realizaré?

—Porque creo que no es una persona estúpida. Y una oportunidad así, no llega todos los días. Espero que lo entienda.

Por supuesto que lo entendí. Pero por sus últimas palabras me di cuenta de la dificultad en la cual me encontraba. Su voz tenía el mando. Y mis palabras se perdían en la oscura niebla de sus pensamientos.

—Supongo que da por hecho el trabajo. Pero, ¿por qué yo?

—Esperé diecisiete años. Y usted por fin llegó, a quien tanto esperaba. Es el primer periodista que se acerca al penal.

Así de sencillo. El tiempo es importante, sabe. En estos años, las historias se completaron en mi cabeza. Si hubiera llegado antes, digamos unos cinco años, seguramente hubiera sido un fracaso. Todo tiene un tiempo. A las cosas hay que dejarlas madurar. Deben tener espacio para cuajar y entonces la preparación está lista para su objetivo. La historia debe ser contada. Dicen que el tiempo es relativo, pero el tiempo lo marca todo. En la poesía, los silencios son ritmos; en la vida, el cronómetro puede ser de mucha ayuda.

## NOTAS DEL PERIODISTA

Dentro de mis notas, inevitablemente, pero con base en mis investigaciones y en la entrevista, comencé a escribir una historia, tal vez un sueño desbordado, o simplemente una fantasía incitada por la realidad misma: esos trágicos hechos a los que interrogaba para comprender la trama oculta. Aquí están los resultados, escritos en el encierro, que no quise corregir para que así se dieran una idea de lo que pasé:

*La vivienda se ubica en una de tantas vecindades del centro de la ciudad de México. Un departamento pequeño con los servicios básicos: un baño, un dormitorio dividido en dos, una cocineta, sala-comedor. La modestia y humildad se podían respirar al interior del que fuera el hogar de la señora Rosaura Villaseñor y su pequeña hija Dafne.*

*Al decir de los vecinos, la niña era un encanto. Todas las mañanas iba a comprar lo necesario para la casa. Por las tardes asistía a la escuela primaria de gobierno cercana a su casa. “Parecía que vivía sola —comenta la portera de la vecindad—, siempre se le veía sin la compañía de la mamá... Y el papá, sepa Dios. Un hombre joven visitaba la casa, supongo que el novio de la señora. Tenía facha de buena persona y siempre le traía algún obsequio a la criatura.*

*Pero como la señora trabajaba de noche, ¿quién aguanta eso? Yo creo que el joven se cansó y se fue, pos nunca más lo volvimos a ver”.*

*La casa no podía decirse que estuviera limpia u ordenada. Tomando en cuenta los días que ya habían pasado y las veladoras colocadas al interior por los vecinos.*

*La pequeña Dafne se encargaba de hacer el aseo. Lo poco al alcance de sus posibilidades. Solo se tiene la certeza de que la niña fue asesinada.*

*Rosaura Villaseñor, una mujer sexoservidora en el Escorpión de Oro, burdel de mala muerte, salía a trabajar todas las noches y regresaba a su casa al amanecer, ahogada en alcohol y drogas, según los resultados de la necropsia. Su vida, era la vida de muchas mujeres en los bajos mundos de las grandes ciudades.*

*Sin lugar a dudas, a Rosaura su hija le preocupaba, como podemos suponer de cualquier madre. Sin embargo, sabía que no podía darle las atenciones necesarias. Las obligaciones de Dafne incluían salir adelante en sus estudios, mantener su aseo personal y alimentarse —a decir de ciertos vecinos—. Rosaura Villaseñor se encargaba de dejarle el dinero, no mucho, pero sí lo suficiente para solventar los gastos básicos. La pequeña sabía las circunstancias en que vivían. Buscaba la manera de hacer rendir el poco dinero que tenía a su alcance. El resto lo guardaba para el día que no encontrara sobre la mesa el dinero que su madre dejaba a altas horas de la madrugada, como ya había ocurrido. En pocas palabras, la niña maduraba antes de tiempo, como suele ocurrir en casos similares.*

*Villaseñor se levantaba después del mediodía sin humor de nada. La resaca llegaba hasta los huesos. La boca pastosa, como sucede por lo regular en toda cruda. Así que su pensamiento sólo era uno: combatir la terrible cruda y comer algo de lo que dejara la nena, quien, para esa hora, ya habría salido a la escuela vespertina, según los vecinos.*



*En algunas ocasiones, Rosaura llegó a levantarse antes que Dafne saliera al colegio. Saludaba a su hija con mala cara. Un beso seco chocaba en la mejilla de su pequeña. La niña lo recibía sin gesto alguno. "La costumbre termina por acabar con todo". Posiblemente cuando la niña creciera, este sería uno de sus pensamientos. Cuando los niños crecen en ciertas circunstancias, es muy fácil llegar a conclusiones de su vida futura. Infantes convertidos en un prototipo de adulto inevitable. Hay quienes llamarían a esto destino. Sin embargo, lo ya escrito, la línea imborrable a seguir, es simplemente un mito. Cada quien es como le va en la vida primera. ¿Suerte? Llámese como se le llame. La vida de Dafne, lo más seguro, hubiera sido igual a la de su madre.*

*Así eran sus vidas y no podían hacer nada al respecto. Salvo sobrevivir día a día.*

*Pero la pequeña Dafne se daba cuenta del deterioro físico de su madre. Aprendió a no hacer ningún comentario sobre la vida de Rosaura Villaseñor. A fuerza de oírlo tan seguido en voz de quien le diera la vida, supo que era la única manera que encontró su mamá para mantenerla después del abandono de su padre, a quien la niña nunca conoció. Y cada vez que Dafne pensaba en la vida de Rosaura, escuchaba claramente en su cabeza las palabras de su mamá repitiéndole una y otra vez: "¿Y qué pretendes que haga? Ésta es la única forma que conozco para sobrevivir y para que tragues". Dafne guardaba silencio frente a su madre. Olvidaba estos pensamientos tan rápido como su imaginación construía un muro alrededor de la persona querida. Pero no un muro que dividía y alejaba, sino todo lo contrario, un muro que resguardaba el castillo de los sueños donde la princesa pronto visitaría a la reina madre. A la mamá añorada.*

*Rosaura habitaba lo que podríamos llamar bajo mundo. El Escorpión de Oro es un antro como El Burbujas, El Barba Azul, El*

*Balalaika, entre otros. Son sitios de mala muerte llamados así por los mismos meseros—, burdeles en donde los gandayas y vividores se refugian por las noches. O nos podemos topar con solitarios en busca de compañía y de baile y de copas. O jóvenes aventureros en busca de nuevas experiencias. En estos lugares por lo regular la música es en vivo. Las chicas rondan las mesas fichando a los clientes y abusando, en complicidad con los meseros, de alguno que otro novel e ingenuo cliente. De la misma manera en que los meseros se aprovechan de los borrachos inconscientes. La atmósfera es tensa y oscura. Sitios que permanecen abiertos desde las once de la noche hasta las seis o siete de la mañana.*

*En ocasiones, al calor de las copas, las pasiones se desbordan. Rosaura Villaseñor conocía de sobra todo el movimiento. Y perfectamente se daba cuenta cuando las cosas se ponían fuera de control. Acostumbrada, evitaba ser parte de alguna pelea. Se hacía a un lado, pero los incitaba para que arreglaran sus asuntos por ese medio, dijeron los testigos, clientes habituales. Y el alcohol era su principal aliado. Porque cuando los hombres están tomados es más fácil manipularlos y sacarlos de sus casillas. Rosaura en verdad disfrutaba la manera en que los hombres borrachos reaccionaban a la mínima provocación. Y, sobre todo, si ella misma los ponía a la defensiva con unas sencillas palabras:*

*—Amorcito, ese cabrón me acaba de faltar al respeto y me agarró las nalgas.*

*Y el conocimiento lleva a la sabiduría. Porque de algo sí podía presumir y era precisamente de conocer a los hombres y cómo manipularlos. Les picaba su lado masculino o, mejor dicho, machista. El honor del hombre que siente la pertenencia de una mujer. Rosaura sabía manejar a la perfección todos los caprichos del macho. Esa fue la escuela que recibió en su casa con un padre desobligado, pero eso sí, bien machista. Y con una bola de hermanos sintién-*

dose propietarios de la hermana, viendo en ella a la sirvienta de la casa, frente al silencio cómplice de su madre, quien propiciaba el carácter machista del padre y de los hijos varones. “Porque es obligación de las mujeres servir a los hombres”, siempre le decía su madre a Rosaura, quien callaba y bajaba la cabeza con un rencor que el tiempo se encargó de hacer crecer. Después de años de no ver a sus padres y hermanos, porque decidió escapar de ese infierno en la adolescencia, agradecería a la madre su enseñanza, o tal vez el aprendizaje inconsciente que obtuvo gracias a ella, sobre los caprichos y la fuerza de los hombres. Quisiera entenderlo así, porque esa es la forma de vida de muchas mujeres en situaciones análogas.

Rosaura crispaba a sus acompañantes, provocaba la pelea. Una bronca que en muchas ocasiones finalizaba en un compadrazgo entre los involucrados. Pero, las más de las veces, la sangre era el principal vencedor de la contienda. Rosaura Villaseñor anhelaba que alguno de los peleadores sacara una navaja y se la clavara en pleno abdomen al otro para de esa manera observar cómo se desangraba la ingenua víctima. Realmente disfrutaba de los encuentros donde relucían las cuchillas. Disfrutaba ver morir a un hombre. Pero la adrenalina se disparaba con la batalla. La satisfacción que le daba ver a dos hombres, o más, luchar con armas blancas no podía compararse con la inmediatez insulsa de un balazo. La pelea era una emoción extra, dijeron sus compañeros de trabajo.

Para Rosaura esos momentos trágicos tenían un poderoso imán. Era como si la sangre derramada en el suelo corriera a mezclarse con la suya. El líquido hervía en sus venas. Su corazón palpitaba con acelerados martillazos.

Los conocidos de Rosaura Villaseñor creían que tales acciones provocaban un shock en la mujer por la forma en que actuaba instantes después del asesinato. Hasta que llegaba la ambulancia de la Semefo y se llevaban el cuerpo, Rosaura no salía del trance.

*Tras los sucesos, aumentaba su sed y comenzaba a beber compulsivamente. Se tornaba violenta y por cualquier medio buscaba una especie de revancha. Pero la revancha no era para la víctima o el muerto, sino para ella. La angustia crecía en sus entrañas y sus compañeras, putas también, podían notarlo. Carcomía, centímetro a centímetro, lo más profundo y oscuro de su ser. Consciente de su lado oscuro, luchaba ferozmente contra sus fantasmas, pero jamás vencía. Creía que la única manera de lidiar con su infierno interior era inyectando sus venas con alcohol y drogas, y una dosis de violencia que los demás sentían en carne propia.*

*Siempre había algo o alguien que le impedía, por la gravedad de los acontecimientos, saciar sus ansias de sangre, su irreprimible deseo de ver más y más, de palpar y hasta de beber, como si se tratara de una bebida refrescante, aquel líquido carmesí. Mitigaba su abstinencia con alcohol. Siempre en busca de su propia muerte, esta era al menos una forma mucho más lenta de morir, que le daría tiempo para ver crecer a su hija.*

*Estas crisis llevadas hasta el éxtasis no eran demasiado frecuentes. Rosaura Villaseñor las controlaba con dosis de alguna pasta. Por un lado, conducía sus ansias hacia puerto seguro, por el otro, el uso seguido de la droga mermaba su salud, tanto física como mental.*

*La pequeña Dafne vivía en la zozobra, esperando el día en que su madre llegara en mal estado psíquico, porque en mal estado físico ya era costumbre. Así que todas las noches al acostarse rezaba a Dios, no por la salvación de su madre, sino por su propia salvación, por que fuera rescatada por aquel príncipe azul de los cuentos infantiles que en alguna ocasión leyó en la escuela. Y Dafne oraba con toda la fuerza de su mente para que su príncipe fuera el mismo Dios a quien tanto suplicaba. Le pedía no tener miedo de su madre. Exigía a su Caballero sacar de la locura a su mamá.*

*La pequeña inocente creía que sus rezos sí funcionaban, que su Príncipe Azul sí la escuchaba, porque no todos los días llegaba enloquecida su madre. Y cuando sucedía, cuando Rosaura Villaseñor entraba a la casa poseída por el demonio, la niña se culpaba de no haber orado correctamente o con la fuerza suficiente para que su voz llegara a los oídos de Dios. Entonces todas las noches sus rezos eran un grito susurrado.*

*Cuando sus súplicas no eran escuchadas por el Altísimo, tenía que aguantar a la enloquecida de su madre en plena madrugada. Regaños que de la nada salían, golpes en medio del sueño. Dafne corría a esconderse a donde fuera y allí esperaba a que su madre se tranquilizara o cayera desmayada. La pequeña buscaba al día siguiente una explicación en los ojos de su madre. Y Rosaura sólo miraba para preguntar:*

*—¿Qué te pasó en la cara? Ay de ti si te estás peleando en la escuela. Que para problemas ya tenemos demasiados. ¿Entiendes, mocosa?*

*Y Dafne callaba mirando sin ver a su madre, con ternura y compasión.*